

Corre con paciencia la carrera de la fe // Miguel Díez

Introducción

En un mundo lleno de incertidumbre, violencia y miedo, estas cualidades se convierten en un refugio seguro para el corazón y en un testimonio vivo del poder transformador del Evangelio.

La paz de Dios guarda nuestra mente y nuestro espíritu en medio de la tribulación, y la paciencia, como fruto del Espíritu Santo, nos capacita para perseverar hasta alcanzar la meta de la fe. A lo largo de esta reflexión, veremos cómo la paciencia y la paz se aplican en la familia, las relaciones, la oración, el ministerio y la vida diaria del creyente.

La paz como fundamento del hogar y la familia

La casa y la familia deben ser un lugar de enriquecimiento para todos en todos los sentidos, ya que el Señor quiere un evangelio integral de bendición para el cuerpo, el alma y el espíritu, y también para la mente, la inteligencia, el entendimiento, la voluntad y el corazón.

Vivimos en un mundo lleno de miedo e incertidumbre por el estado actual de las cosas, pero aquellos que tienen la paz de Dios no deben sentir temor. Jesús ya profetizó que ***“por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará” (Mateo 24:12)***. Esto no debe sorprendernos, pues el mundo siempre ha estado en crisis, pero los que están en Cristo deben avanzar con más gozo, más sabiduría y más fe, compartiendo esta verdad con los demás.

El miedo puede ser quitado por Jesús, quien es el perfecto sanador del alma, ya que ***“en el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor” (1 Juan 4:18).***

El poder de la paciencia

La ciencia de la paz es la paciencia. Jesús enseñó: ***“Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas” (Lucas 21:19).*** Cada creyente necesita desarrollarla, pues es un fruto del Espíritu Santo que nos ayuda a alcanzar la meta.

La paciencia es como una vacuna espiritual para el cuerpo, el alma y el espíritu. No hay nada que se pueda recibir o lograr sin ella, porque es un fruto divino que permite crecer y madurar. El apóstol Pablo lo confirma al decir que ***“el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza” (Gálatas 5:22-23).***

La paciencia en la carrera de la fe

La vida cristiana puede compararse con una carrera de maratón. No se trata solo de participar, sino de llegar a la meta, y hacerlo con paciencia. Por eso la Biblia exhorta: ***“Corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe” (Hebreos 12:1-2).***

Jesús mismo nos invita: ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).*** La falta de paciencia puede llevar al abandono del ministerio y a la desesperación. Sin embargo, ***“el que persevere hasta el fin, éste será salvo” (Mateo 24:13).***

La paciencia en las relaciones humanas

La paciencia es también esencial en nuestras relaciones. En el matrimonio, la familia y la sociedad, la paciencia guarda la unidad. Pablo aconseja: ***“Con toda humildad y mansedumbre,***

soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:2-3).

Jesús dijo: ***“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5:9).*** Cuando respondemos con paciencia y amor, incluso a quienes nos hacen daño, glorificamos a Dios y podemos transformar vidas. De hecho, el apóstol Pablo declara: ***“No seáis vencidos de lo malo, sino venced con el bien el mal” (Romanos 12:21).***

La paciencia en la oración y el ministerio

La oración requiere paciencia. Sin ella, se convierte en un intento de obtener respuestas inmediatas en lugar de buscar comunión con Dios. El salmista lo expresó así: ***“Esperé pacientemente a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor” (Salmo 40:1).***

También en el ministerio, la fe y la paciencia son fundamentales, pues ***“por la fe y la paciencia se heredan las promesas” (Hebreos 6:12).***

La paciencia y la madurez espiritual

La paciencia es una virtud divina que solo Dios produce en nosotros. Pablo enseña que ***“la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza” (Romanos 5:3-5).***

Es el Dios de la paciencia quien nos capacita para mantener la unidad en la familia y la iglesia, como declara: ***“El Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús” (Romanos 15:5).***

Hacer el bien con paciencia, incluso cuando no hay agradecimiento inmediato, es parte del amor cristiano. ***“No nos***

cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gálatas 6:9).

Ejemplos de perseverancia

La historia de creyentes perseguidos muestra cómo la paciencia en medio de la tribulación produce frutos de fe y esperanza. Pablo lo afirma: ***“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia” (Romanos 5:1-3).***

El paciente sufre por amor y por las injusticias, pero es vencedor porque el Señor lo fortalece y lo protege. Por eso Pablo escribe: ***“Nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis” (2 Tesalonicenses 1:4).***

La recompensa de la paciencia

La paciencia es necesaria para hacer la voluntad de Dios y alcanzar la promesa, porque ***“os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa” (Hebreos 10:36).***

Todo problema tiene un fin, y Dios sabe cuándo terminar cada prueba. Santiago anima diciendo: ***“Sea vuestra paciencia perfecta, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna” (Santiago 1:4).***

Pidamos a Dios que quite la impaciencia de nuestro corazón y nos enseñe a esperar en Él. ***“Mejor es el lento para la ira que el poderoso; y el que gobierna su espíritu, que el que toma una ciudad” (Proverbios 16:32).***

La verdadera paciencia es fruto del Espíritu Santo, y nos permite honrar a Dios, atraer a otros a Cristo y vivir en paz

aun en medio de las tribulaciones.